

## Del libro inédito *Voces del Galeras*

Chucho Peña<sup>1</sup>

Se sienta en un cucho de la casa  
Con un mate de chicha  
Y un pucho de tabaco  
Cuando el día se pauchaba

El perro negro se acurura en sus pies  
El michicato frío muerde sus manos  
Vuelve miedolenta la tarde  
Y patojo el viento cansado

Se changa en el fogón  
Luego en la estera de totora  
Se acurura como un ovillo de lana  
La ñapanga saca del perol la merienda  
Los minacuros caminan en el aire

---

1. Jesús Peña. Magister en Etnoliteratura de la Universidad de Nariño. Poeta, narrador y dramaturgo. Licenciado en Arte Dramático de la Universidad del Valle. Técnico en Diseño Gráfico: System Plus. Miembro del Grupo de Investigación Literatura y Región; miembro del Taller de Escritores Awasca de la Universidad de Nariño.

La callana tuesta tortillas  
De maíz molido en piedra arcaica  
En la tulpa de barro cocido  
En un maltico cántaro  
Donde pringan borbojas de café

En las tazas chiltadas por los años  
Brotan vapores de café nuevo  
Con hálito de leche y queso rancio  
Toditico salpicado de nata

Tirtingas manos abrazan  
el pilche de leche  
Guangos de pájaros  
Abrigan la casa vieja  
Achilada como chalina de alpaca

Vientos viringos de agosto  
Guanguean los sueños del sur  
Achicados del cielo  
Como un guagua travieso  
En chisparosos soplos de vida

Cururos de musgos con hojas secas  
Pringan en el cucho de un sueño  
Aguaguados suspiros se desparraman  
En un alfajor recién cortado

Ojos de achira envuelven  
Ademanosos pedazos de sol  
Achutados como una alhaja  
Tejida en la guanga  
Como una altamisa dorada

De una charamba azul  
Chilteras palabras  
Salen como chilpas del sol  
De un chinde de sueños  
En una chulla noche

Se chuman los ojos de la noche  
Como el chumbo antes de morir  
Asiendo churos en el patio  
Degradando la muerte del taitico

En el guacho de la parca  
Vuela un chuta chiltado  
Como un fueete solitario  
Descuajaringado y chilposo  
Como un chisparoso tímido

En la miglla de la montaña  
Un chulla arroyo de plata  
Florece como el muérgano sol  
Salido de una mochila  
Mamarón y mordoré por el frío

En un mate amarillo  
Motilones y chilacuanes  
Se machucan con una guagua

Dulce néctar de dioses  
Chisparosos y desgualangados  
Como una murga chumada  
Garabateando en la calle  
Como un minacur ciego

Un chupón teñido de rojo  
Florece en los labios de la guaneña  
Como una luz chisparosa  
En la chuspa de un corazón  
Achilado por el frío

Tiritingas luces nocturnas  
Como flores carnavaleras  
Divagan en el embeleco de un sueño  
Enchocado en una ilusión

Un látigo quinguea  
Se enreda en las chimbas  
De una ñapanga triste  
Mascando una hallulla  
Que guardaba en su viejo follado

## Princesa

Cuando ella llegó: los brazos del sol lo habían abandonado. La esperanza se había cuarteado, en un rincón del viejo cuarto, vestido de negro, que solo brillaba en la noche, cuando los versos de dolor surgían de lo más profundo del espíritu, como una lágrima del corazón de la tierra.

Cuando ella llegó: todo era parco. Mezquinas sombras vestían todos los días nostalgia y desasosiego. Solo la luz de la luna, que se asomaba tímidamente por la ventana, acompañaba las letras que se unían para ser versos, en el viejo poemario, escrito, en el alma de papel, saturada de huellas que dejaron los desamores que, poco a poco, consumen la existencia.

Ya nada es igual; los libros de versos, que cautivaron el alma, ya no cantan como antes los cuentos de Borges, de Cortázar y de García Márquez; no se oyen con los ojos ni se ven con los oídos. Decae la filosofía que dio sustento a la vida y marcó los caminos como una línea en el horizonte, que se fue borrando con los años.

Nada queda en las manos de la vida, se consumen los amores en fuego del destino y se dispersan con el viento del pasado. Poco a poco los años cuajan el alma. Vuelven piedra el corazón. Los sentimientos cierran los párpados para no ver su propio funeral y no llorará más. Solo enterrar, en el camposanto más lejano, el retrato de la mujer que lo vio de rodillas: con una flor en la mano y un poema en la otra antes de partir. Cuando ella llegó: quiso mirarse de nuevo en sus ojos claros de miel, hundir sus dedos en sus rizos dorados, acariciar con su boca sus labios rojos y postrarse en la geografía de su cuerpo de nieve: como un dios enamorado.

Pero: el amor era demasiado delgado, sea había escurrido como un hilo de agua del nido de su corazón, dejando solamente el frío viento desnudo que rompía hasta las raíces de lo que un día había costado tanto tejer: con caricias, besos y lágrimas que alimentaron el más grande de los sentimientos que dejaba ver ese paraíso, que solamente le habían dicho que lo encontrarían

cuando mueran. Pero no estaban muertos, la vida se había llenado de tantas ganas de vivir: quería florecer como una rosa en medio de un jardín enamorado cuidado por las manos blancas de una princesa encantada que nunca conoció una tormenta. Pero el amor, como una flor, se pudre si nada en el agua o se marchita si el sol lo abrasa demasiado; eso lo espantó y salió huyendo, como una bandada de murciélagos de una caverna oscura cuando la luz enceguece sus ojos.

Desde entonces: solo el día y la noche hablaban con él; dejó atrás los sueños enamorados, los versos que enamoraron a tantas mujeres se enterraron en el pasado del corazón: se endureció como una piedra solitaria, halado de un volcán muerto. La soledad y el silencio acabaron con él: ni la princesa pudo desenterrar del corazón de piedra el poco de amor que se consumía lentamente. Desde entonces, en el volcán muerto, se puede ver una cruz blanca, que es la princesa que cuida una piedra solitaria.